

Cuento del momento

El Traje Nuevo del Gran Duque

Este cuento para niños del gran escritor danés Andersen, nos parece que viene ahora de perlas a todos los brochistas que se han dado a la tarea de cantar el talento de estadista de Calderón Guardia, la fuerza inteligente del Gobierno del Presidente Cortés, las excelencias de Somoza o el impulso civilizador de la United Fruit Co. en Costa Rica, etc. Todos ellos saben que en la realidad no existen ese talento ni esa fuerza inteligente ni este impulso civilizador. Pero fingen verlos y admirarlos porque esa actitud les tiene cuenta para su provecho personal. Uno, son como los dos picaros tejedores del cuento de Andersen y otros como los ministros, y los demás cortesanos.

Había una vez un gran duque a quien le gustaban tanto los trajes nuevos, que gastaba todo su dinero en empujarse. Cuando pasaba revista a sus soldados, cuando iba al teatro o al paseo, no tenía más fin que el de exhibir sus trajes nuevos. Cada hora del día cambiaba su vestido y así como se decía de un rey: "está en el Consejo", se decía de él: "El gran duque está en su guardarropa". La capital era una ciudad muy alegre gracias a la cantidad de extranjeros que por allí pasaban; pero un día llegaron dos picarones que se hicieron pasar por tejedores y declararon que sabían tejer la más magnífica tela del mundo. No sólo los colores y el dibujo eran extraordinariamente bellos, sino que los vestidos confeccionados con esta tela poseían una cualidad maravillosa: la de hacerse invisibles para toda persona que no desempeñaba bien su empleo o que era tonto.

"Son vestidos que no tienen precio—pensó el gran duque; gracias a ellos podré conocer los hombres incapaces de mi gobierno; sabré distinguir los hábiles de los necios. Sí, esta tela me es indispensable". Luego adelantó a los dos picarones una gran suma, a fin de que pudieran ponerse a la obra inmediatamente. Ellos en efecto dispusieron dos telares e hicieron como que se ponían a trabajar, aun cuando no hubiera nada en sus bobinas. Sin cesar pedían seda fina y oro magnífico, pero todo esto lo metían en su saco y trabajaban hasta media noche con los telares vacíos.

"Es bueno que yo sepa en qué están, se dijo el gran duque". Pero sentía el corazón apretado al pensar que los necios o incapaces de llenar sus funciones, no podrían ver la tela. No era que dudara de sí mismo; sin embargo, juzgó que era mejor enviar primero a algún otro a examinar el trabajo. Todos los habitantes de la ciudad sabían de la cualidad maravillosa de la tela, y todos ardían de impaciencia por saber quiénes eran tontos o incapaces.

"Voy a enviar adonde los tejedores a mi buen viejo ministro, pensó el gran duque, es él quien puede juzgar mejor que nadie la calidad de la tela; se distingue tanto por su talento como por sus capacidades". El honrado y viejo ministro entró en la sala en donde los dos impostores trabajaban con los telares vacíos.

El honrado y viejo ministro entró en la sala en donde los dos impostores trabajaban con los telares vacíos. Los dos tejedores lo invitaron a acercarse, y le preguntaron cómo encontraba el dibujo y los colores, al tiempo que le mostraban sus telares en los que el viejo ministro fijaba sus miradas; pero no veía nada por la sencilla razón de que allí no había nada.

"Buen Dios! pensaba, será yo tan tonto? Es necesario que nadie se dé cuenta de esto. Seré yo verdaderamente incapaz? No me atrevo a confesar que la tela es invisible para mí.

—Y bien! ¿qué pensáis? preguntó uno de los tejedores. —Es algo encantador, verdaderamente encantador!—respondió el ministro calando se los espejuelos. Este dibujo y estos colores... sí, diré al gran duque que me ha gustado mucho.

—Es una dicha para nosotros—dijeron los dos tejedores; y se pusieron a hacer ver colores y dibujos imaginarios dándole nombres. El viejo ministro escuchó con gran atención, para ir a repetir al gran duque todas las explicaciones.

Los picarones pedían siempre dinero, seda y oro; se necesitaban estos materiales en gran cantidad para la tela. Es entendido que ellos se embolsaban todo; el telar estaba vacío pero trabajaban siempre.

Un tiempo después, el gran duque envió a otro funcionario honrado para examinar la tela y ver si se iba a terminar. A este nuevo enviado le pasó lo mismo que al ministro; miró y miró, pero no vio nada.

"¿No es verdad que el tejido es admirable?—preguntaron los dos impostores mostrando y explicando los hermosos dibujos y los bellos colores que no existían.

—Sin embargo yo no soy un necio! pensaba el hombre. Acá so ca que no soy capaz de llenar mi puesto? Es bastante divertido, pero lo que soy yo no perderé mi plaza".

Luego hizo el elogio de la tela y testimonió toda su admiración por la elección de los colores y del dibujo.

"Es de una magnificencia incomparable" dijo el gran duque, y toda la ciudad habló de esta tela extraordinaria.

Por fin, el mismo gran duque que quiso verla cuando estaba todavía en el telar. Acompañado de un grande y escogido séquito, entre el que se hallaban los dos honrados funcionarios, llegó a donde los dos hábiles fulleros tejiendo siempre, pero sin hilo de seda ni de oro ni hilo de ninguna clase.

"¿No es verdad que es magnífica!—dijeron los dos honrados funcionarios. El dibujo y los colores son dignos de Vuestra Alteza".

Y señalaron con el dedo el telar vacío, como si los demás pudieran ver allí alguna cosa.

"¿Qué es esto! pensó el gran duque, no veo nada. Es terrible. Por ventura yo no soy más que un necio? Es que soy incapaz de gobernar? Nunca jamás me podría pasar nada más terrible que lo que ahora me pasa". Luego exclamó de repente: ¡Es magnífica! Me complace en testimoniar aquí toda mi satisfacción".

Agitó la cabeza con aire contento, y miró el telar sin atreverse a decir la verdad. Todas las gentes de su séquito miraron también, los unos después de los otros, sin ver nada, pero repetían como el gran duque: "Es magnífico!"

Y hasta le aconsejaron que se vistiera con esta tela en la primera gran procesión. ¡Es encantadora! ¡Es admirable!—exclamaban todas las bocas y la satisfacción era general. Los dos impostores fueron condecorados, y recibieron el título de gentilhombre tejedor.

MAS EN SERIO QUE EN BROMA tico ofrecerá a SOMOZA

Los brochas de Nicaragua están creyendo que aquí en Costa Rica todos estamos felices con la visita del Presidente Somoza. O tal vez se hagan los que lo están creyendo, porque ahora está de moda fingir que se cree en ciertas cosas como en el talento de Calderón Guardia, en las excelencias de Somoza y en la fuerza civilizadora de la United. Es claro que el tal fingimiento no es desinteresado. Todos aquellos que lo practican sacan tajada de esta actividad.

Pues volviendo a nuestros carneros, diremos que hemos leído el número del 13 de julio del periódico de Managua llamado "Novedades", en el que hablan de que la estación radiodifusora "La Voz del Trópico" echó a los aires la noticia de que aquí en Costa Rica se había dado la orden de lavar y pintar la ciudad para la llegada del Presidente Somoza. Copiamos el párrafo de la nota sobre dicha orden girada a la población de San José, según "Novedades" de Managua.

"y en particular a los propietarios de casas, para que engalanen debidamente los frentes de las residencias, y se presente así la ciudad aseada y pintoresca a los ojos del señor Presidente Somoza. Hay muchos y muy variados preparativos para hacer grata en San José la visita del Mandatario nicaragüense".

Es decir, que los Manolo Rodó de Nicaragua, creen que San José se va a poner como si la fuera a visitar al Santísimo Sacramento. El recibimiento que Roosevelt hizo a Somoza y a Trujillo el tirano de la isla de Santo Domingo, ha envalentonado a la pillería y al brochismo organizados en América Latina.

¿Cuáles van a ser los agasajos que la capital de Costa Rica tributará a Somoza? Por lo pronto se hará una imitación del despliegue de pompa bélica que se llevó a cabo en los Estados Unidos para recibir al Presidente Somoza, y que muchos vimos en el cine, pompa que ha puesto panza abajo a los cortesanos ticos. Nosotros no tenemos tanques ni aeroplanos para escoltar al Jefe de Nicaragua, pero en cambio tenemos un ejército de brochas y brochillas que ese día se pondrán en cuatro patas y bañarán en miel su lengua y sus ojos para tener sólo palabras y miradas acarameladas para don Tacho.

¿Qué agasajos dispensará el Gobierno a don Anastasio?

Nosotros sabemos de unos pocos, como aquel en que Manolo Rodó vestido de maromera, saldrá del Palacio Municipal por una ventana del piso alto y danzando en una cuerda floja tendida ad hoc—la llave de la ciudad en una mano y en la otra una rosa de papel,—se dirigirá al encuentro del "ilustre huésped". Ese será un gran número. Ya nos parece ver las sonrisas y piruetas que hará en la cuerda floja, el obeso gobernador de San José. Va a dejar con la boca abierta a los brochas nicaragüenses que acompañan al Sr. Anastasio en su viaje a Tiquicia.

Otro que tiene un número, es don Chale Lara, quien hará la plancha y unos cuantos saltos mortales al pie del obelisco del Paseo Colón, creación suya cuando fue intendente municipal.

Sabemos también que algunos diputados irán ante la carroza danzando como los sacerdotes israelitas, ante el Arca de la Alianza. Entre ellos sobresaldrán Efraín Monge quien ese día lucirá el más vivo arbol de sus mejillas y Teodoro Picado que piensan agitar como nunca su pomposa fachada. Olvidábamos un espectáculo que resultará interesante y que estará a cargo de uno de los miembros de la comisión de festejos a don Anastasio: nos referimos a Gardián que en una piscina improvisada en el Paseo Colón, se lucirá con aquella de su "nadadito de perro" que dijera don Ricardo.

Además, para sacar a relucir lo de que en Costa Rica hay más maestros que soldados, y lo de que aquí gastamos el 40 por ciento del presupuesto en educación, habrá desfile de escolares en esta fiesta. (Entre paréntesis diremos que tal manifestación puede ser tomada por Somoza como una especie de sátira, pues que él apenas si concede un chisguete del presupuesto de Nicaragua a la educación del pueblo. La Guardia Nacional, el armamento, el esbirraje y otras actividades similares se llevan la mayor parte de las entradas del tesoro en aquel pueblo hermano, uno de los más inteligentes de la América Latina). ¡Pobres niños y pobres maestros! Ya nos parece ver la sonrisa inflexible con que Lilito mostrará sus huesos inocentes al Presidente de Nicaragua y la gracia con que agitará ante éste su sonrosada brocha que dicen es hecha de plumas de cisne virgen.

Ojalá que el periódico de Managua, "Novedades", no olvide de consignar estos numeritos de los festejos con que será recibido en Costa Rica don Anastasio Somoza.

Ecos lejanos de la Parada militar del DOMINGO

Aun cuando ya van a cumplirse ocho días de la parada militar que una sección de policía efectuó el domingo pasado en la Plaza de la Artillería, no podemos dejar de referirnos a ella, por tratarse de un curioso cuanto bélico y tartarinesco espectáculo ofrecido al Presidente Cortés y a su hijo Javier.

Los actores de la revista, llevaban unas polainas de lona blanca muy monas, que les lucían mucho y les daban un parecido lejano con unas gallinas calcetas.

La tal revista se redujo a unos para allá y para acá en la Plaza, muy marciales; a unas marchas y contramarchas muy raudungueras, y a unas cargas al ataque que parecían de deberas. Como sería, que el Ministro Pacheco Lara que tiene fama de "echado", de sólo verlos, sudaba.

Hubo tres momentos muy interesantes en dicha parada: uno fue cuando el Coronel Granados felicitó al Coronel Pacheco por la "magnífica exhibición". ¡Algo teatral! ambos militares hacían pensar en los galanes jóvenes de una compañía de tercera. Otro momento muy solemne fue cuando

bautizaron el regimiento, con el nombre de regimiento "Javier Cortés". Por cierto que este pasaje del sainete nos puso a recordar el bautizo del niño de un allegado a la casa presidencial: parece que es tan fuerte el amor que el allegado en cuestión profesa a la familia de nuestro mandatario, que bautizó a su hijo con los nombres de León, Otto Javier Luis (este último por el Ministro de Gobernación don Luis Fernández). El tercero y más emocionante de los momentos, y que parece tiene muy intrigados a los Calderonistas sinceros, fue aquel de los vivas de los militares al Presidente Cortés. Decimos Calderonistas sinceros, porque los hay de dos clases: sinceros y fingidos. Entre los segundos contamos a Ernesto Martín, Albertazzi, Teodoro, etc. etc. Entre los primeros están Pollo Fernández, Alfredivo Volio, Castro Quesada, etc.

Hubo además un sabroso lunch en el que no faltó la boca indispensable de Chale Lara. Luego se retiraron a sus habitaciones.

Un Tren de Cadáveres en Alemania

Un tren de prisioneros políticos. Muchos estaban muertos, otros enloquecidos por el hambre y la sed. Los obreros ferroviarios contra los nazis

El periódico "Forward", de Nueva York, publica el siguiente relato en su número del 13 de junio de 1939. Es el testimonio de una dama francesa publicado antes en un periódico de París.

"No me interesan los asuntos políticos de Alemania ni de los alemanes. No tengo motivo alguno para alterar o falsificar lo que he visto y oído en ese país.

"Un poco de agua por favor Viajaba yo en el tren inter-

Entró el gran maestro de ceremonias. —El palio bajo el cual Vuestra Alteza va a ir en la procesión, está a la puerta—dijo.

—Bien, estoy listo—respondió el gran duque. Creo que no voy mal así".

Y dió todavía una vuelta ante el espejo para mirar bien el efecto de su esplendor.

Los chambelanes que debían llevarle la cola, hicieron como que levantaban algo del suelo; luego levantaron las manos, para no dejar ver que nada veían.

En tanto que el gran duque PASA A LA PAG. CUATRO

El tren se detuvo repentinamente. Sin salir del vagón en que viajaba, me acerqué a la ventanilla y vi, en la línea paralela, un largo tren de carga estacionado.

Contemplé los paisajes que nos rodeaban y me sumí en mis propios pensamientos. Pasados unos minutos, noté que el aire se hacía molesto; un olor desagradable, un hedor repugnante, lo llenaba todo.

Instintivamente, sin pensarlo, abrí la ventanilla, y del contiguo vagón, decididamente cerrado y sellado, partían llantos y quejidos. Una voz angustiosa se impuso al rumor general:—"Por favor, un poquito de agua!"

Un vagón de Viena El hedor se hizo insoportable. Los llantos y gemidos continuaron. Yo sentí cierto temor inexplicable. Corrí por el pasillo del vagón y me detuve como petrificada, al ver a la derecha de nuestro tren también vagones de carga; uno de ellos llevaba la inscripción "Viena". Poco a poco recobré el do-

minio de mis facultades, y abrí la ventanilla con gran cautela. En el vagón de enfrente se notaba un ligero movimiento y tuve la impresión de que me habían mirado.

Las ventanillas de aquellos vagones habían sido tapadas con tablas. Por entre ellas asomaron unos ojos anhelantes y enfebrecidos. Una vez me preguntó:

—¿Sabe usted alemán? —Contesté afirmativamente con un movimiento de cabeza. Pero permanecer en la ventanilla era casi superior a mis fuerzas: tan repugnante era el hedor procedente de los cadáveres en descomposición.

"No somos criminales"

Seguían allí aquellos ojos. La misma voz me dijo:

—Con mis últimas fuerzas quiero decir lo que sufrimos aquí. Y lo que con nosotros se hace. Hay en el tren cientos de hombres encerrados, condenados a una muerte lenta por hambre y sed. No se nos da comida ni agua... Ni ropa para abrigarnos contra el frío... No sabemos dónde estamos ni PASA A LA PAG. CUATRO—